

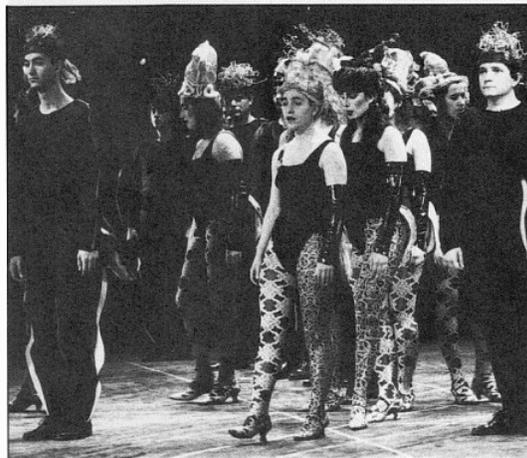
por el simple hecho de haber concluido sus estudios de Arte Dramático. Para serlo realmente necesita poner en práctica su aprendizaje y su talento natural; contrastar todo ello con la experiencia sobre las tablas. Y si ésta se limita a pequeños papeles ocasionales es poco probable que ese actor progrese en su formación. Salvo casos excepcionales y afortunados, lo cierto es que en el actual panorama teatral español la mayor parte de los actores alcanza antes su madurez personal que la profesional. Por ello es importante la existencia de una compañía como ésta, concebida con un inequívoco afán pedagógico. Se trata de dar oportunidad a los jóvenes intérpretes para encarnar los grandes personajes del teatro universal, pero guiados por manos expertas; es decir, con rigor y profesionalidad.

Ahora bien, un teatro de este tipo reviste ciertas características que deben ser atendidas y entendidas. Pensemos en el *Macbeth* de Edward Wilson. Su puesta en escena es encomiable y de excelente factura. La escenografía de Brian Lee —una simple tarima enrejillada, apoyada en un plano inclinado, y un triángulo central, que nos remite al mundo mágico de Stonehenge— resulta enormemente sugestiva y de gran eficacia plástica. Y otro tanto cabe decir de la poética iluminación diseñada por Eric Teunis, que sabe remarcar el drama con precisas sombras y luces nacidas desde todos los puntos del escenario, suelo incluido. Pero... ¿y la interpretación? Estos jóvenes actores demuestran que saben declamar; hay vigor, vitalidad y energía en su actuación y su entrega es apasionada, aunque no todos tengan la misma altura y uno pueda echar de menos en el elenco nombres que alguna vez estuvieron en Teatrejove (Angela Castilla, Jaime Pujol, Carmen del Valle...). ¿Es lícito exigirles una perfecta adecuación con el personaje? ¿Sirve de algo, como han hecho algunas críticas, andar resaltando su inmadurez? Evidentemente, no. Lo que procede es discernir los logros actorales, aceptando de entrada las reglas del juego que nos proponen; o sea, la condición juvenil. Ocurre, sin embargo, que este tipo de teatro no es habitual entre nosotros. En consecuencia, no existe un público específico para esta clase de producciones, y el que hay no sabe valorar muy bien lo que se ofrece. Únicamente cuando el Teatrejove se consolide y el concepto de "actor en formación" cale en la conciencia del espectador, éste podrá juzgar montajes como el presente *Macbeth* sin lugar a equivocados. ¿Llegará ese día? □

Nel Diago

"Tramuntana tremens", desbordante imaginación

Canto acuático de Carles Santos



En "Tramuntana tremens" los cantantes se transfiguran en actores, acróbatas o bailarines.

Intentar definir qué es este espectáculo creado por Carles Santos y coproducido por el Mercat de les Flors y el Area de Música del IVAECM (Institut Valencià d'Arts Escèniques, Cinematografia i Música) quizá sea una tarea tan inútil como imposible. Formalmente podríamos decir que se trata de un concierto coral "a capella". Pero sería como no decir nada. Ciertamente, el compositor de Vinaròs parte de la música, pero ocurre que su concepción musical está revestida de una innegable teatralidad. En sus manos, los integrantes del Coro de Valencia dejan de ser cantantes para convertirse en actores, en mimos, en acróbatas, en bailarines. El coro tradicional, estático y uniforme, no tiene aquí cabida. En *Tramuntana tremens* cada voz es un personaje protagonista, con su vestuario específico (magnífica la labor en este sentido de la venezolana María Elena Roqué) y su propio movimiento (impecable la coreografía de Gracel Menu). Un protagonismo, de todos

modos, supeditado al del mismísimo compositor, que se integra también en el espectáculo haciendo las veces de director y cantando cuando lo considera conveniente.

Por supuesto, y como era de esperar, Carles Santos ha vuelto a romper todos los esquemas musicales y teatrales. En esta ocasión nos sorprende con varias innovaciones magistrales; el canto aéreo (los intérpretes cantan colgados en el aire), el canto globular (encerrados en una especie de crisálida), el canto oscular (mientras realizan un boca a boca) y, realizado por el propio Santos, el canto acuático o anfíbio (al tiempo que sumerge reiteradamente su cabeza en un recipiente de agua). En conclusión: un espectáculo irreverente e iconoclasta en el que Carles Santos hace gala una vez más de su desbordante imaginación y de su corrosivo sentido del humor. □

Nel Diago